

El futuro imaginado por Wells

ANGÉLICA CECILIA MORÁN LÓPEZ
 cecilia.moran0603@gmail.com



¿Y si pudieras viajar millones de años al futuro sólo para descubrir que la humanidad no evolucionó como esperabas?

Cuando H. G. Wells publicó *La máquina del tiempo* en 1895, no sólo estaba imaginando una máquina capaz de desafiar las leyes del tiempo, sino que también estaba abriendo una puerta inquietante hacia el destino de la sociedad humana. Lo que comienza como una premisa fascinante de un científico que construye un artefacto para moverse entre siglos, pronto se transforma en algo mucho más inquietante: una reflexión sobre en qué podríamos convertirnos.

El relato sigue al viajero del tiempo, quien narra su experiencia ante un grupo de escépticos. Este empieza a exponerles que, además de las tres dimensiones que componen el espacio (longitud, anchura y altura), existe una cuarta: el tiempo. Llevando a teorizar que el humano también debería de ser capaz de moverse a través de esta última. Por ello, inventa un artefacto que le permite viajar a través del tiempo.

Su travesía lo lleva a un futuro, en el año 802.701, donde encuentra a los Eloi, seres aparentemente perfectos, bellos y despreocupados. Sin embargo, bajo la superficie, habitan los Morlocks, criaturas que encarnan el reverso oscuro de esa aparente utopía. El Viajero descubre pronto que estos se alimentan de los Eloi y empieza a comprender que ese paraíso es en realidad algo mucho más siniestro. La máquina desaparece, la noche cae y el Viajero tendrá que bajar a las profundidades para recuperarla.

Lo interesante de esta historia es que no necesita grandes giros ni explicaciones complejas para dejarte enganchado. Funciona porque toca una idea simple: el futuro no siempre es mejor, a veces, sólo es la consecuencia de lo que hacemos hoy.

Probablemente por eso *La máquina del tiempo* sigue siendo tan fácil de leer y, al mismo tiempo, tan difícil de olvidar. No se trata sólo de imaginar máquinas imposibles, sino de preguntarnos hacia dónde vamos realmente. Porque, al final, el verdadero viaje no es al futuro; es hacia lo que estamos construyendo sin darnos cuenta. **UP**